

reyes, y el especial afecto y singular adhesión, que tuvimos á quien fué contado entre estas víctimas del furor de un ambicioso cual hubo pocos, y la muy acendrada que profesamos á su descendencia, no nos permite estampar aquí aquellos nombres augustos. Pero si diremos, que al verse envueltos en aquellas desventuras supremas, bien pudieron decir como los antiguos israelitas: *los padres comieron los agraces, y la dentera ha sido para los hijos.* (1)

Por más que los hombres, que no quieren ver la mano de Dios en los acontecimientos extraordinarios que palpamos, se esfuercen en atribuir al curso de los tiempos las convulsiones sociales, no es posible hacerse ilusiones. Lo que tocamos con nuestras manos, hace ya un siglo, es casi nuevo en la historia del mundo civilizado con la doctrina de Jesucristo. ¡Qué caer las monarquías que contaban quince siglos de existencia, y estaban ceñidas de aureolas inmortales de gloria que les habian grangeado emperadores santos y reyes sapientísimos, no amados sino adorados en sus pechos! ¡Qué hundirse en la cima de la ignominia, hombres que creían que podían tocar con su sien coronada la region de las nubes! ¡Qué levantarse de entre el polvo otros, de quienes dijo un sábio que *permite Dios que reinen, por dar lugar á ello los pecados del pueblo!* (2) ¡Qué extraviarse los pueblos para derrocar reyes, y aplaudir á los que esquilman sus sudores, convirtiéndolos quizás en lujo y en voluptuosidad; mientras sus hijos lloran pidiendo pan, sus esposas se lamentan por la indigencia cotidiana, y sus hijas entrevén la pérdida de su tesoro mas precioso para no caer en la inedia; y mientras el santuario está cubierto del crespon del luto, y sus ministros alargan la mano en busca de un pan que nadie les da! ¡Qué aglomerarse á cada una década hombres y hombres, manejando instrumentos de guerra, mas mortíferos que los que usaban las gentes mas feroces de los tiempos de la barbarie, y destinados á sembrar en pocas horas el luto y la orfandad en naciones enteras, y amontonar mas cadáveres, que calaveras recogia para

(1) Ezech., cap. XVIII, v. 2

(2) Job., cap. LXIII, v. 30.

formar piramides el sangriento tártaro Gengis-Kan, despues de dar muchas batallas y destruir las ciudades á millares!

Este escenario de horrores se está viendo hace casi un siglo; y por mas que se intente echarse un velo sobre las pupilas del alma para no ver lo que hay encerrado en todo eso, la filosofia sublime de la historia está hablando, y anunciando en lo que va expuesto, el cumplimiento de una sancion del cielo. No confiesen eso, norabuena, los diplomáticos, cuya lengua se paraliza delante de altas consideraciones de Estado; pero debemos decirlo los que no debemos conocer mas reglas de diplomacia, que las que prescribe el Evangelio, donde están consagradas y sancionadas todas las leyes del derecho natural y de gentes, con arreglo al cual se han de manejar los reyes en el gobierno de sus pueblos en el orden temporal, y las del derecho divino, al cual deben conformarse en un todo los príncipes cristianos en las relaciones que han de conservar con la Iglesia y su cabeza visible. Diremos por tanto lo que se entrevé en esas guerras fratricidas y en esas conmociones espantosas.

Hay un reato público, nacional, europeo de atentados y crímenes cometidos contra el Vicario de Cristo, que todavia está en pié. Dios es vengador de las injusticias, y lo es, como dice un Profeta, *con furor.* (1) Pues ¡qué! ¿se puede olvidar el Señor de las artes malignas que se están empleando, hace ya dos siglos, por los grandes del mundo, para poner valladares á la libertad é independencia que Jesucristo dió á su Vicario para el gobierno y enseñanza de su Iglesia? ¿No está en pié aquella tentativa, ya vieja y caduca, y condenada ya tambien por el Espíritu Santo en el dia para siempre imperecedero del diez y ocho de Julio de este año, de levantar á los Pastores contra el Pastor universal, y decirle que si ellos no consentian en sus decisiones dogmáticas, no tenían la fuerza moral bastante para entrañar obligacion intrínseca de creerlas y obedecerlas? Verdad en que, quizás un príncipe bueno y piadoso lavó con su sangre la mancha de sus mayores, inclinando su cerviz augusta al mandato inícuo de

(1) Nah., cap. I, v. 2.

un verdugo. Pero ¡qué! no se hicieron solidarios de ese atentado otros rectores de pueblos? ¿No está consignado con grandes caracteres en varias legislaciones el imperioso veto, que no deja pasar de las fronteras nacionales las Constituciones Apostólicas para el bien espiritual de la Iglesia universal? ¿No se conservan impresas las huellas que Pío VI señaló con sus plantas en los caminos que guían á dos Vianas, á la una de las cuales fué para rogar á un emperador que anulase aquellas ordenanzas, que convertían la Iglesia en esclava, y hacían de las cámaras episcopales oficinas imperiales, siendo conducido á la otra para entregar su alma á Dios en medio de una nación que había prohibido hasta pronunciar su nombre incommunicable, y había sustituido los emblemas de su adoración con los que significaban las inmundicias de la corrupción? ¿No se está llevando á los tribunales á los Obispos que dan publicidad á las Letras Apostólicas relativas al dogma y disciplina de la Iglesia; al mismo tiempo que se da amplia libertad para que las publiquen los diarios, y para que algunos las comenten con sarcasmo, é insulten al que hace las veces de Dios en la tierra? ¿No están palpitando ahora mismo esas doctrinas nuevas sobre la legitimidad legal de los hechos consumados, sobre la no intervencion en los negocios de los pueblos y ese derecho novísimo llamado el *plebiscito*; derecho que es el barómetro del descenso de la civilización, y de un retroceso á los tiempos de la barbarie; cuando los trastornadores y revolucionarios de Grecia pagana constituían su derecho brutal en la voluntad de un pueblo ignorante, y embriagado en las orgías que le procuraban los revoltosos, para que, al derrocar ellos á un rival y apropiarse el ejercicio del poder, hubiese una vocinglería confusa, que dijera, Sí?

En todo esto hay, clara ya y manifiesta, una infracción solemne, europea, social, del derecho divino, natural y de gentes: haciéndose partícipes y solidarios del mismo crimen todos los que son ministros del Rey de los cielos, y han recibido de él la espada que ciñen para mantener la justicia en la tierra. Y no es esto un secreto de la política, escondido entre los repliegues de negocia-

ciones fementidas y traicioneras; es un hecho conocido de todos, que se han planteado semejantes doctrinas para llegar á consumar el atentado cometido en veinte de setiembre; pues nadie hay que no haya visto á los príncipes del mundo estarse con los brazos cruzados, cuando se despojaba al Vicario de Cristo; mientras que se han puesto en movimiento activo, y sin ser llamados, cuando han creído que se podía atentar, siquiera muy á lo léjos, no ya contra sus derechos, existentes mal ó bien, sino contra sus pretensiones de preponderar en fuerzas materiales y morales, y de tener á otras naciones unidas á su carro; como si el alma de la civilización viviese en sus alcázares, y como si el orden de la sociedad debiera mudarse con un fruncir de sus cejas. Trataremos en el lugar que les hemos destinado, (1) de la iniquidad que encierran estos principios; pero no podemos menos de decir aquí, que todo hombre honrado se conmueve al presenciar este modo de obrar; y que toda alma que tenga amor á la verdad y á la justicia, protesta contra contradicciones tan públicas y solemnes como se notan; y nosotros protestamos contra el hecho consumado en el despojo del soberano Pontífice, y contra las doctrinas absurdas que han sido el precedente para llegar á él. Y fundados en el derecho que nos asiste de poder poner en la balanza de la crítica los hechos que son de dominio público, preguntaremos á quienes toleran hoy un hecho y mañana lo atacan, una sola cosa. ¿Esa doctrina de no intervenir en los negocios de otras naciones, es verdadera? Pues si es verdadera, es necesario que lo sea siempre, no pudiendo variar la verdad. ¿No lo es? Pues en ese caso no pudo dejarse ejecutar una sola vez, sin faltar á la verdad, al derecho natural, al de gentes y al mandato expreso de Dios, que tienen los reyes, de no permitir que triunfe el malo sobre el inocente con la fuerza brutal.

La materia que tocamos nos conduce en este instante á consideraciones tan tristes, que casi se resiste la pluma á escribir, porque en vez de encontrar tinta, da con

(1) Capítulo VIII.

lagrimas. Lágrimas en efecto nos hace derramar una carnicería humana, que estamos viendo; pero no por eso dejaremos de decir algo sobre ella, y escribiremos aun que tengamos que hacerlo con lágrimas. En el seno de la Europa civilizada está la desafortunada nación, que algun día fué de Carlo Magno y de san Luis, sobrellevando una calamidad, de la cual no hay semejanza en la historia, á no ser que volvamos nuestras miradas á las batallas de Alejandro contra Darío. Ciudades arruinadas, miles y miles de cadáveres amontonados, centenares de miles de guerreros conducidos al extranjero, calamidades sin cuento, todo está pesando sobre esta nación cristiana. Y ¡cosa singular! está entregada á sí misma: se encuentra en el abandono mas absoluto: nadie interviene para sacarla de una guerra que la devora: y si bien excita la compasion en los corazones sensibles, no se oye una voz autorizada que intente venir en su auxilio; mientras que no ha faltado alguna, que ha dicho que estaba bien que se la humillase, aunque no debia permitirse que bajase hasta el último grado de su humillacion.

¡Qué coincidencias tan raras presenta la historia contemporánea! Hace quince años hubo la intervencion más ruidosa que se ha visto desde el tercer lustro de este siglo: tres potencias se unieron para intervenir en sostener al sucesor de Mahoma, é impedir que las águilas negras del Norte echasen sus uñas sobre el imperio carcomido, que por nueve siglos estuvo tratando de resolver el problema, de si reinaría en la tierra la Cruz con el Evangelio, ó el Alcorán con la media luna. Pocas veces ha corrido tan á torrentes la sangre humana: perdió por más de un año el mar del Ponto su nombre, pues de negro se volvió en sanguíneo: jamás el antiguo reino de Mitridates tuvo que abrir tantas fosas para enterrar en montones confusos al cristiano, al hereje, al turco y al cismático. Y ¿de donde salió esa mezcla de tantos y tan diferentes guerreros? Todos lo saben: de las márgenes del Sena: *intervencion, intervencion*, se dijo: y por primera vez quizás el defensor del islamismo, el enemigo de Cristo, fué honrado por los monarcas que profesan el Evangelio, con el nombre del hermano, pues los he-

chos eran de hermano á hermano. Venció la intervencion: habia entre los interventores un monarca cuyo poder se extendia á cortos límites: era necesario premiarlo por sus méritos contraídos en Alma é Inkerman. ¿Cómo se le habia de premiar? Aquí corremos un velo.

Entre tanto, de aquellas mismas márgenes, de donde habia salido el grito de intervencion empezó á dejarse oír otra voz que decia; *no intervencion: deben formarse nacionalidades grandes y compactas: los pueblos son dueños de sus destinos: las soberanías menores son un embarazo para el equilibrio europeo: el Papa no necesita de poder temporal para ser Sumo Pontífice: puede vivir como Rey en el Vaticano, habiendo otro rey en el Quirinal: no intervencion, no intervencion en los negocios de los pueblos.* (1) Otra cosa rara y singular se presenta, y es, que simultáneamente con la aparicion de estas máximas de *no intervencion*, empezaba á verse en las regiones subalpinas un movimiento hácia las regiones meridionales de Italia; no contentándose sus gobernantes con las regiones del pino y del enebro, y ansiando por las risueñas riberas del Tíber, por las deliciosas llanuras de Càpua, y por las fértiles islas Tirrénicas. Levantamientos populares, promovidos por emisarios ocultos, portadores de talegas de oro; amotinamientos ocasionados por predicantes de esquinas y plazas; trastornos en una parte, expulsion de autoridades legítimas en otras; sublevacion de unas provincias del dominio temporal del Papa, y gritos y victores á un rey nuevo, era el espectáculo que turbaba á los pueblos, rechazando casi todos ellos la idea de sustraccion de su legítimo soberano, y reprobando esos atentados, mientras que algunos pagados por los invasores gritaban con ellos dando vivas á la libertad. Entre tanto, salia la misma voz del mismo paraje, diciendo: *no intervencion, no intervencion. en los asuntos de cada nacion: cada pueblo es dueño de sí mismo*

Y esta nueva ley europea ha imperado, mientras se consumaba el despojo del dominio temporal del Sumo Pontífice, efectuado por la fuerza brutal de las armas.

(1) Todas estas doctrinas contenia el folleto intitulado, *El Papa y el Congreso*, impreso en París en 1859.

Pero no se ocultan á Dios los pensamientos de los reyes, ni se le esconde lo que se trata en los gabinetes más ocultos; ni son un velo para él las maniobras tenebrosas, pues las tinieblas para él son como luz de medio día. El alma que tiene fe, y se eleva á la contemplacion de las obras divinas, no puede ménos de ver á este Señor mirando desde el cielo con rostro airado y diciendo á los autores de tanta iniquidad: ¡cómo! ¡habeis gritado *no intervencion*, mientras habeis despojado de la gloria que yo le dí á mi Vicario! ¡Vosotros, que habeis sacrificado cientos de miles de guerreros, para intervenir en sostener al que tiene guerra declarada á la mision que yo mandé á mi Hijo que cumpliese en la tierra! Habeis inventado un derecho nuevo, contrario al que yo establecí al criar al hombre, á quien impuse el precepto de mirar por el bien de su prójimo: (1) habeis despreciado las voces de mi Vicario, que reclamaba la defensa del justo, oprimido por el impío, fiándoos en vuestro poder: lo habeis abandonado, preparando el camino al tigre que queria devorarlo. *¿A quién me habeis asemejado á mí?* (2) *¿No sabeis, que yo soy el leon fuerte que estoy velando los días y las noches sobre mi heredad?* (3) *¿Hemos oido la soberbia de Moab: muy soberbio es: mayor es su soberbia y su arrogancia que su fortaleza* (4) Yo os daré lo que establecisteis para despojar á mi unguido: os daré no intervencion por no intervencion, abandono por abandono, despojo por despojo, desolacion por desolacion, y ruinas por ruinas.

A este estado de cosas ha llegado la Francia; pero *¿Cómo!* ¿por qué medios? Esto es lo que llama nuestra atencion, las desgracias de este pueblo han tenido su origen en una intervencion. Se habia negado esta al Vicario de Cristo, y solo se le concedia una asistencia ilusoria, asistencia que parecia establecida para engañar á los católicos, y para servir de consigna á los que estaban alargando sus uñas hácia Roma, y solo esperaban

(1) Eceli., cap. XVII, v. 12.

(2) Isai., cap. XL v. 25.

(3) Is., cap. XXI, v. 8.

(4) Ibid., cap XVI, v. 6.

una coyuntura oportuna, la cual se les proporcionó al desparecer por causas frívolas el signo convencional de una proteccion nula. Pero hé aquí que entonces mismo, la España que andaba en busca de un rey, y disponia de sus destinos, siguiendo las doctrinas creadas á las márgenes del Sena, se queria dar uno perteneciente á la familia real de Prusia, y ¿quién lo hubiera podido sospechar? Hacia años que se decia en las altas regiones de la política, y lo repetian á gritos los hombres de la revolucion: *no hay intervencion*; y de repente se deja oír una voz imperial que grita: *intervencion*; y toda la nacion responde diciendo: *sí, sí, intervencion*; y al instante se arman las escuadras, se abren los arsenales, se ponen en marcha los ejércitos, se preparan miles de bombas y morteros para marchar contra la Prusia, para impedir que el príncipe que España se queria dar por rey, franquease los montes del Pirene. Y he aquí, que esta nacion ínclita, lanzada al combate por faltar á su nuevo derecho de no intervenir, se ve á los pocos dias como estupefacta, y sin saber lo que le pasa: un emperador cautivo: trescientos mil soldados prisioneros: las fortalezas inconquistables tomadas, la gran metrópoli, que se llamaba el alma del mundo moderno, estrechada por un asedio de hierro, acosada por el hambre, atacada, bombardeada, comiendo pan negro, devorando carne de caballo, matando el hambre con carne de animales inmundos, y no viendo en aquellas plazas y calles, donde antes se oía el canto de la cítara y del harpa, sino espectros de muerte, silencio, palidez, estallidos de bombas, crugimiento de edificios que caen con estrépito, la muerte misma, la hórrida parca, que con guadaña feroz está segando los vivientes y pretende hacer de esa gran ciudad un inmenso monton de ruinas y cadáveres. Y esto se prolonga sin que haya un rey ó emperador que diga: *intervencion*, mientras no falta quienes miran la ruina de la llamada Babilonia moderna, y dicen con una especie de alegría desdeñosa: *abandonémosla á su suerte*.

¿Quién no advierte estas coincidencias de los acontecimientos? ¿Quién no ve en esto los males que causa á